

La Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos

Mis recuerdos

Poco después de la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en 1939 y de que fuera dirigido por el doctor Alfonso Caso (1939-1944), en parte de sus oficinas, que estuvieron originalmente en la calle de Córdoba 73, se empezó a formar un archivo con la entrega de fotografías de los diversos arqueólogos e historiadores como Antonio Caso, Manuel Toussaint, Francisco de la Maza, Arturo Romano, Luis Aveleira Arroyo de Anda, entre otros. El acervo se organizó en dos categorías; el primero y menos numeroso contenía fotografías de tema colonial: templos, conventos, capillas, cruces, y cuanto detalle había sido fotografiado. El segundo grupo de álbumes, más numeroso, fue dedicado a clasificar los monumentos y objetos de tipo prehispánico. En total se elaboraron, en aquella época, cerca de un centenar de álbumes.

Pocos años después, cuando el Instituto se cambió al número 43 de la misma calle de Córdoba; las oficinas del archivo ocuparon un espacio más grande, se hicieron nuevos anaqueles con entrepaños, porque de todas partes empezaron a llegar fotografías, y tantas que, incluso, el personal aumentó, siempre bajo la dirección de Ramón Sánchez Espinosa, quien lo había iniciado. Entre ellos estuve yo y, curiosamente, ingresé a trabajar al INAH por haber donado unos cientos de rollos de fotos que había hecho a lo largo de muchos años. Mi ingreso ocurrió en 1956, hace ya casi medio siglo, y mi trabajo consistió inicialmente, junto con mi compañero Antonio Amaro, en pegar las fotografías en álbumes grandes, como de unos 30 por 40 centímetros, ya que había fotos hasta de 20 por 25 centímetros. Otras, en cambio, eran pequeñas, apenas de seis por nueve centímetros. Separada estaba la colección de Guillermo Kahlo (1904-1908), placas de vidrio en tamaño de 11 x 14 pulgadas que él mismo hiciera con sales de plata y gelatina.

La organización de las fotografías de las secciones Coloniales y Prehispánicas se incrementó con el acervo de temas prehispánicos, tal vez porque los arqueólogos eran



Constantino Reyes, ca. 1900. Ex convento de San Nicolás Actopan, Hidalgo. Fototeca de la CHAH/CCIH-75, CHICAHUAH, México.

más generosos, o más numerosos. El hecho es que, al cabo de unos cuantos años, eran ya más de 600 álbumes.

Por otra parte, la fama del archivo empezó a crecer y a difundirse en el extranjero, y cada día llegaban decenas de solicitudes de copias de fotografías de edificios y objetos de las zonas arqueológicas. Predominaban las solicitudes de Francia, Inglaterra, Alemania, España, India, Japón y otros países. Por todas partes circulaban las copias de las fotografías de temas prehispánicos.

Esta fue una de las labores más importantes del Archivo Fotográfico del INAH, tanto que al mismo tiempo se fundó un laboratorio fotográfico para atender los cada vez más abundantes pedidos de copias, labor que tuvo a su cargo Luis Li-

món[†], excelente fotógrafo, y José de Jesús Díaz[†], a cuyo lado estuvieron Juan Valdivia, Jesús Domínguez (*Chuchín*) y alguno más.



Constantino Reyes, diciembre de 1900. Templo de Santiago, Argoñua, Michoacán. Fototeca de la CHAH/CCIH-27, CHICAHUAH, México.



Constantino Royos, ca. 1900. Ex convento de Huatlatlauca, Puebla. Fototeca de la CONAH/INRA, ONICAH, México.

Recuerdo también que a partir de 1957, el licenciado Jorge Gurría Lacroix y yo dedicamos sábados, domingos y cada periodo vacacional a salir hacia rutas previamente planeadas, que podíamos cambiar por otras que nos parecían más interesantes. Íbamos de aquí para allá, haciendo fotografías de los edificios coloniales y prehispánicos; comíamos lo que se podía en alguna casita de los pueblos y dormíamos cómo y dónde se podía. De esta manera conocimos casi todas las carreteras del país, de norte a sur y de oriente a poniente; incluso hubo más de una ocasión en la cual nos aventuramos, gracias a la potencia del *Jeep* en que viajábamos, a transitar por caminos hasta entonces sólo recorridos a caballo. Así, por

ejemplo, en 1962 transitamos a campo traviesa desde Matamoros hacia Tepeaca, en el estado de Puebla, donde conocimos el convento de Huatlatlauca —solamente mencionado por George Kubler— y su serie extraordinaria de pinturas murales, cuyas deplorables condiciones motivaron el inicio de los trabajos de restauración, que tuvo a su cuidado el restaurador Baltasar Trejo¹, integrante del recién fundado Departamento de Restauración de Monumentos Coloniales, dirigido en ese momento por Manuel del Castillo Negrete².

Otro descubrimiento, no menos original pues había frecuentes menciones en los libros escritos por los jesuitas, fue el de los pueblos de la Sierra Gorda de Querétaro, donde había una brecha que

la gente del lugar bautizó como la "Cuesta del Mambo" por la escabrosidad del camino, formado de piedras del lecho de un río; por esta razón, brincábamos de un lado a otro, avanzando apenas de uno a dos kilómetros por hora. Así pudimos fotografiar las misiones de Landa, Concá y Jalpan, construidas en la época de fray Junípero Serra y sus compañeros. Al poblado de Tilaco no fue posible llegar por la existencia de un río infranqueable en aquel entonces. Hoy, todos estos pueblos están comunicados por excelentes carreteras.

En 1965 recorrimos de norte a sur las misiones de Baja California y vinieron a nuestro recuerdo las hazañas de sus fundadores, jesuitas, franciscanos y dominicos. No había carretera alguna que llegara más allá de Rosarito; había sólo brechas en las extensas llanuras y pequeñas montañas de ese territorio, sembrado de piedras de unos cinco a siete metros de altura, cortadas de tajo, como si una gigantesca guillotina las hubiera cercenado.

Vimos oasis, como los descritos del África; había enormes plantaciones de palmeras datileras, sembradas por los jesuitas, y agua en abundancia en Loreto y San Ignacio Cadacamán. Muchas veces, ya de noche, perdimos la ruta para encontrarnos frente a un desfiladero infranqueable o a montañas imposibles de caminar. En aquella ocasión nos acompañó el director del INAH, doctor Eusebio Dávalos Hurtado¹; iban también Jorge Gurría Lacroix, Antonio Pompa y Pompa, Luis Fernando Lozano, Miguel Messmacher y quien esto escribe. Casi a medio camino se rompió la flecha de transmisión de una de las camionetas y tuvimos que dejarla encargada al habitante de una desolada casita, lejana de Loreto, la ciudad más cercana. Influidos por los libros de Earl Stanley Garner que habíamos leído previamente, cuidábamos de caminar libremente al bajar de los vehículos, pues decía que había víboras de cascabel por todos lados; nunca encontramos una de



Constantino Reyes, ca. 1960. Templo de San Agustín, Querétaro. Fototeca de la CONAH/CCO8172, INICAH/INAH, México.

ellas en camino alguno. Tampoco vimos las pinturas murales que hay en diversas cuevas de la península. Nuestra intención era tomar fotografías solamente de las misiones jesuitas. Así recorrimos de Tijuana a Cabo San Lucas, que en aquel entonces no tenía interés turístico.

En nuestros viajes por el país también tuvimos como objetivo conseguir datos referentes a los monumentos, las leyendas que conservaban los moradores de los pueblos y, en algunas ocasiones, pudimos consultar documentos en los archivos parroquiales. Así ocurrió con el hallazgo del nicho de Hueyapan, obra del escultor Higinio López, nativo de Zaculapan de Amilpas, More-

los, que de acuerdo con los datos que encontré en el archivo del convento, contrajo matrimonio a principios del siglo XIX y, a consecuencia de la guerra de Independencia, se autodenominó "Ciudadano de la República".

Hacia el sureste realizamos no menos de siete temporadas de trabajo fotográfico; recorrimos organizadamente los estados de Tabasco, Campeche, Yucatán, Quintana Roo y Chiapas, y de sus monumentos arqueológicos obtuve cientos de fotografías en color y en blanco y negro. Se nos ocurrió hacer un archivo separado con las transparencias fotográficas en color y nuestra colección sobrepasó las 50 o 60 mil unidades, además de las correspondientes fotografías en blanco y negro que posteriormente se catalogaron en los archivos correspondientes.

Otra actividad que desarrollé en esa época fue la elaboración de duplicados de diapositivas de excelente calidad que el INAH vendió en series temáticas.

El resultado de mi trabajo, recuerdos e investigaciones fueron algunas publicaciones, entre ellas, *Tēpalcingo*, la primera de mis obras, publicada en 1960; después aparecieron *Trilogía barroca*, y *Juan Gerson: tlacuilo de Tecamachalco*; posteriormente *El pintor de conventos* y *El arte indocristiano*, además de varios artículos que surgieron como consecuencia de nuestros viajes y visitas a los templos y conventos mexicanos.

A fines de 1965 el Archivo quedó a cargo de Mariano Monterrosa Prado. A finales de la década de 1970 el acervo se dividió: la parte correspondiente a temas prehispánicos fue trasladada al convento de San Francisco, en Pachuca, Hidalgo, conservándose en la fototeca que me ocupa los materiales correspondientes a monumentos históricos, acervo que custodiaba el Departamento de Catálogo, en el ex convento de Culhuacán.

Actualmente, este acervo se localiza en la sede de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos.



Constantino Reyes, ca. 1960. Perspectiva de Triste Viejo, Michoacán. Fototeca de la ONAH/CCV1965, ONAH/INAH, México.